

CUANDO TENEMOS QUE HUIR

Isaac de Vega nace en Tenerife en 1920. Desde que en 1950 publicara su primer cuento, ha ido cursando una ininterrumpida marcha narrativa en donde se alternan una media docena de libros de relatos y otras tantas sobresalientes novelas: *Fetasa* (1957, 1973 y 1984), *Antes de amanecer* (1965), *Cuatro relatos* (1968 y 1992), *Parhelios* (1977), *Conjuro en Ijuana* (1981 y 1990), *Siempre vivas* (1983), *Pulsatila* (1988), *Viento* (1991) y *Tassili* (1992). Forma parte del denominado Grupo Fetasio. En 1988 obtuvo el Premio Canarias de Literatura. Se ha dicho de él que "es un novelista anticonvencional, antitípico, antidialéctico. Su mundo estimativo es siempre original, está en todo momento como desfasado, viviendo en otra órbita universal de valores."

Pasaba el día tranquilo en la continua paz de la hilera de casuchas, al borde del barranco, y solo. Salía un rato, con frecuencia, a trabajar en dos agregados huertecillos. Sin relación con ninguna clase de gente. Una media hora hurgando la tierra en entretenido intento de destruir los vivaces hierbajos. El resto lo pasaba leyendo y escribiendo. Quise de nuevo, después de tanto tiempo, construir las novelas, ya gastadas de tanto pensarlas, que no dejaban de hostigar para concretarse y no ser las variables nebulosas que se hacían y recomponían en mi memoria: me acompañaron durante meses. Pudiera creerse en la existencia de un ente exterior, dominante. Diariamente escribía unas tres o cuatro páginas; se me daban, en este tiempo, fáciles y sin las viejas angustias. Guisaba mis propias elementales comidas. El salir por ahí podía erosionar mis ahorros o, más propiamente hablando, el donativo que ellos me dejaron. Pero de tiempo en tiempo iba a comer fuera y lo hice con gusto. Era un placer que me movía a repetir.

I
s
a
a
c

d
e

v
e

g

a

La casa en un principio no dejó de causarme desagrado. Estaba colocada sobre el acañonado barranco, cuyo fondo los vecinos de la barriada de enfrente habían transformado en un visible y largo basurero. A esta parte, a la nuestra, no existen calles; sólo una hilera de casuchas del tipo de la mía, de construcción clandestina. Abajo, cuando los charcos invernales, se multiplican bandadas de mosquitos. Se desprende además un constante olor *desagradable al que no tardé* en acostumbrarme. La casa, como dije, al principio me repelió. Un par de cuartuchos desnudos de paredes de bloques huecos de cemento sin cubrir. Un par de años antes los de allí lograron traer el agua. El Ayuntamiento se la había negado tenazmente por no tener las casas cédulas de habitabilidad que, por otra parte, también les negaban. No estaban las viviendas registradas, no pagaban impuestos. También consiguieron el tendido del alumbrado, muy importante: esta gente durante todo el día, cuando no están sumidos en sus extrañas ocupaciones, permanece agrupada al arrimo del televisor.

Al llegar no encontré sino una nevera pequeña y un par de luces pendientes de retorcidos cables, así como un único grifo en la cocina. Ésta tiene su corto poyo y hasta alguna altura de las paredes próximas, unas rojas losetas descascaradas y ennegrecidas. A través del ventanillo se ven los dos estrechos huertos que un alto muro de piedra separa del barranco. Allí abajo han afincado unos gigantescos tártagos que muestran sus rojizas erizadas esferas.

Salía al atardecer y daba un paseo lento por la ciudad caminando bajo un cielo con frecuencia nublado. Iba de aquí para allá buscando cosas que mirar. A veces sentía la atracción de las tabernas: entrar y beber cerveza al lado de la animada gente y charlar con ella. No era posible, tenía que controlar los gastos. Tenía firmemente asentadas algunas ideas con vistas al futuro: no perder mi libertad. Implicaba ello sostenerme solo, sin ni siquiera trabajar en descansados puestos oficiales. Delante queda una infinidad de años.

Pasadas las semanas ya me era un sencillo placer el retorno a casa; me fue pareciendo un estimable hogar en el que encontraba calor, soledad y paz. Yo era solo y para mí sólo. Repasaba mis escritos, los corregía. Me cocinaba algo en el pingagás; nunca tuve cocina normal. Al agotarse la bombonita pasaba al otro lado del barranco por el puentecillo y la cambiaba en un almacén del barrio. Lo atendía una mujer todavía joven, un poco gruesa, de quien también adquiriría mis alimentos, y a la cual parece que le caí un tanto en gracia.

En la hilera de descarnadas casas, hacia la derecha y adosada a la mía, está una del mismo estilo y peor, es decir, un agrupamiento inconexo de habitaciones y en la que mora una infinidad de gente. Padres, hijos, cuñados, nietos, tíos. Se les ve transitar por su huerto, separado de los míos por una valla de pálidos ladrillos desgastados, que no cultivan. Les sirve de patio de expansión y en donde suelen depositar sus trastos inútiles en intermedia espera antes de definitivamente lanzarlos al fondo del barranco. En ocasiones sacan una gran mesa y juegan al naípe y beben libremente vino y cerveza, que traen por cajas. Se ve un par de grandes cajones sostenidos por unas largas patas donde crían conejos. Ocultamente siegan hierba en la trasera de nuestras casuchas, una vez pasada una sencilla alambrada de espino, en unos amplios terrenos en que se veían pastando unas tranquilas y solitarias vacas.

A pesar de mis prevenciones de seguridad tomé interés por mis numerosos vecinos. No lo pude evitar. El más importante de ellos es un hombre de unos cuarenta años de barba siempre mal afeitada, muy negra, igual que su corta cabellera, rechoncho pero no bajo. Suele andar por su patio activamente con la camisa o jersey remangados. Daba voces y dispone. Entiendo que se repar-

ten trabajos por la ciudad, y que serán bien acogidos. No son como algunos otros de los vecinos de la fila, llevadores casi siempre de pesadas miradas pensativas y las manos en los bolsillos, y que andan como encorvados.

A veces, estando yo en los huertecillos, no se recataban de dar algunas voces valederas como saludo; y al celebrar sus reuniones del patio, si me veían fuera, no olvidaban invitarme. Siempre decliné, naturalmente; es una raza extraña con la que no puedo congeniar. Tampoco quería yo dar muchas confianzas. Mas en una ocasión tenían fuera un cesto de desarrolladas alcahofas, un ristra de grandes cebollas rojas, y otras cosas. Me dejé llevar y admití su llamada, saltando por vez primera el muro de separación.

No es incierto que curiosidades y otras motivaciones me empujaron a ello.

De entrada me sentí bien con esa gente, exudadoras de un grato calor familiar. Eran un montón de personas, como he dicho, lo menos diez. Quise ser útil y me arrimé hacia un fuego sito al abrigo de la pared, junto al que he considerado como jefe, y también con un par de mujeres, todos cuchillos en mano trabajando con verduras y carne. Yo de inmediato saqué una navaja, que siempre suelo portar, y me puse a pelar papas sentado en un banco al lado de una muchacha que ya lo estaba haciendo. Era donde de entrada podía ayudar. Se siente una fraterna alegría. Todos éramos entonces como la gente del bronce. Desde el otro lado del barranco, desde algunas ventanas de la barriada de pisos, unas pocas mujeres nos contemplaban como dominadas por una absorbta atención y habría seguramente sueño en sus nublados ojos. El patrón comenta sobre las comidas y sus artes y yo le daba a la navaja afanoso y al parecer con destreza. La muchacha no pudo menos de comentarlo y entonces me atreví a mirarla fijamente. Mostraba ser la hija por la forma de sus pardos ojos, expectantes de no se qué, y sus negrísimos pelos largos que colgaban muy abajo. Una morena clara de bonitas facciones en la que aparecen esparcidas montones de pecas. En la mano que gobierna el cuchillo tiene un fino aro de oro, lo que era de esperar. Es atractiva, acaso mucho. Yo de estas cosas, como se habrá desprendido de mis confesiones, procuro estar lejos.

Pero no se puede estar siempre en el papel de misógino. La conversación corrió al principio, en broma, sobre el significado de su anillo, y no recuerdo lo que ella contó. Estaba risueña y el mundo parecía contentarla. A mí me hizo falta un poco de soltura después de tanto tiempo de recogido. Con ayuda de una mezcla de cerveza, vino y quizá hasta ron, hablé demasiado y hasta me atreví, después, a coro, a cantar y aparecí tarde en mi camastro. Cuando recuperé la serenidad tuve que estar mirando, por mucho tiempo, el techo. Mucho tiempo, horas enteras en contemplación de las tabiquetas que nunca fueron cubiertas por el yeso y que en otro clima, con sus numerosos desconches, asilarían unos cuantos hieráticos perenquenes. Aunque estaba como recorriendo con la vista esas imperfecciones, más bien no dejaba de dar vueltas al mismo, acaso un poco doloroso, pensamiento; y me di cuenta de que tenía que resolver.

-Tú quieres ser un escritor.-, me afirmé varias veces.

Pudiera, esa repetida afirmación, ser la excusa para ocultar problemas más hondos, poseedores de un regusto triste y necesario de olvido.

Ya avanzada la mañana cerré bien la casa y abandoné mis huertecillos. Afortunadamente conservaba una vieja mochila y puse en ella las cosas esenciales. Luego anduve en dirección a las montañas cubridoras del retrasado horizonte sin querer, ni por un momento, volver la cabeza ni pensar atrás, porque entonces me hundiría y mi nueva vida se transformaría en algo tan necio y vacío como la anterior.